

Trabajo Infantil - Historias Personales

CVETI - BULGARIA

Cveti es una niña de 12 años. Ha sido registrada en el banco de datos de la Comisión local para combatir la delincuencia juvenil. Vive con su familia -sus padres, cuatro hermanas de entre cuatro y diez años de edad y un hermano de 13 años- en un pequeño pueblo cerca de Sofía. Cada mañana viaja con su madre y sus hermanas a Sofía para “trabajar” para la familia.

Cveti y sus hermanas nunca han ido a la escuela. Ha sido reclutada para “trabajar” de carterista desde una edad muy temprana. Su hermano va a la escuela y sus padres están decididos a que finalice los estudios secundarios.

Cveti habitualmente roba en tranvías y comercios en los que hay mucha gente. Está impaciente por ganar lo más posible. Dice que el dinero que gana es para preparar el casamiento que su padre ha planeado para ella para el año próximo.

De conformidad de con la legislación de la protección de la infancia, fue remitida al Departamento local de protección de los niños y al organismo encargado de la aplicación del IPEC, a fin de que se inscribiese en la escuela, y además se estableció un plan de acción especial en relación con sus padres. Estos reciben asesoramiento para encontrar trabajo y para inscribirse en cursos de formación profesional subvencionados por el Gobierno y van a recibir una ayuda financiera que estará condicionada a que Cveti asista regularmente a la escuela. Además, la Dirección de la Asistencia Social aconsejó a los padres sobre las consecuencias que robar -una de las “peores formas de trabajo infantil”- tendría en el futuro de su hija. La policía local inició, asimismo, una investigación sobre el aspecto delictivo del caso ya que ese tipo de explotación del trabajo infantil significa a menudo que detrás hay involucrados grupos criminales organizados. La protección de Cveti contra una posible venganza de las bandas organizadas ha sido un elemento fundamental de su plan de rehabilitación.

KADER - TURQUÍA

Kader es una niña de ocho años de edad. Tiene dos hermanas y dos hermanos. Su padre no tiene trabajo y su madre está prácticamente ciega. Kader trabaja con sus hermanas y hermanos mayores en la cosecha del algodón para cubrir las necesidades básicas de su familia, pero tiene también otra responsabilidad familiar: es los ojos de su madre.

Gracias al esfuerzo del IPEC, Kader y su hermano Selahattin (de 12 años de edad) se registraron en el centro de apoyo social establecido en el marco de un programa del IPEC titulado Eliminación de las peores formas de trabajo infantil en la agricultura comercial estacional a través de la educación, aplicado por el de Ministerio de Educación Nacional. Después de un mes y medio de trabajo con Kader y Selahattin, el coordinador de proyecto del IPEC convenció a la familia de que los inscribiese en un internado de enseñanza primaria. Al principio, la madre dejó

que el hermano de Kader fuera al internado, y dijo que sin Kader no podía vivir, ya que ella era sus ojos y que sin su hija no podía hacer nada. Fue muy difícil convencerla, pero finalmente aceptó hacer un sacrificio por el bien de su hija.

Kader es ahora uno de los afortunados niños inscritos en un internado a través del proyecto OIT-IPEC que se aplica en Karatas/Adana. Desde 2002 de, el Ministerio de Educación Nacional, en cooperación con IPEC Turquía, ha comenzado a ofrecer cuotas especiales para niños trabajadores, y el resultado es que miles de esos niños han abandonado el trabajo y se han inscrito en las escuelas.

MILI - INDONESIA

Cuando falleció el padre de Mili, ella y su madre se marcharon del pueblo para encontrar trabajo en Yakarta como empleadas domésticas. Mili tenía 11 años de edad.

Mili encontró rápidamente un empleo en Bekasi, un suburbio de Yakarta, pero separada de su madre. Al principio, su empleadora, que estaba embarazada, era amable con ella y la trataba como si fuera de la familia. Pero, después del nacimiento de su hijo, se volvió muy dura con ella. Mili trabajaba soportando constantemente acoso e insultos. Recibía gritos todo el tiempo, y se sentía inútil y rechazada. No había recibido ninguna remuneración por su trabajo durante más de un año y medio cuando descubrió el centro de Sanggar Puri para los niños trabajadores domésticos, administrado por una ONG denominada YKAI, que trabaja en colaboración con el IPEC.

Después de seis meses, los trabajadores sociales de YKAI lograron rescatar de su trabajo a la niña de 12 años, que se mostró muy entusiasta por continuar su educación, y comenzó a ir nuevamente a la escuela.

SOK KENG - CAMBOYA

Sok Keng (de 14 años de edad) vive en un pequeño pueblo de las afueras Phnom Penh, donde trabajar en las canteras es la única posibilidad que tienen numerosas familias de ganar pequeñas sumas de dinero para su sustento. El trabajo es agotador y está mal pagado, pero Sok Keng aprendió, desde muy temprana edad, que iba a tener que trabajar para ayudar a su familia a sobrevivir. Como era muy pequeña para trabajar en la cantera, se presentó a una fábrica cercana a pedir trabajo. En Camboya, la industria del vestido está desempeñando un papel fundamental en la reconstrucción de la economía del país, con más de 1.600 millones de dólares de los Estados Unidos de exportaciones. Esta industria emplea a unos 200.000 trabajadores, en su mayoría mujeres, que con sus salarios pueden mantener a toda una familia. Pero, esas elevadas remuneraciones también atraen a niñas menores de edad, como Sok Keng, que falsifican sus documentos para obtener un trabajo.

NAZIA - PAKISTÁN

Nazia, una niña de 16 años de edad, es uno de los muchos beneficiarios del proyecto OIT-IPEC “Elimination of Child Labour in the Soccer Ball Industry in Sialkot” (Eliminación del trabajo infantil en la industria de las pelotas de fútbol en Sialkot). Nazia cosía pelotas de fútbol hasta que fue admitida en un centro educativo no formal, donde ahora disfruta de su habilidad para la costura de una manera muy diferente. Dice que la mayoría de los niños del pueblo estaban destinados a dar puntadas antes de la llegada del proyecto, y que éste cambió radicalmente sus vidas. Acceder a la educación fue sin duda lo más beneficioso, pero adquirir otra capacitación, como saber costura, es también muy importante. Nazia dice que “ha dado más confianza a las niñas al probarles que eran capaces de adquirir y poner en práctica otras competencias”. La educación proporciona a los niños una segunda oportunidad, y una capacitación alternativa les brinda una tercera oportunidad. La costura es una actividad esencial para las niñas en la vida rural ya que es un signo social de madurez. Aumenta los ingresos de la familia y ayuda a economizar un dinero que de otra forma iría al bolsillo de las costureras. Sumera, que vive en el mismo pueblo, dice también que la vida de las niñas ha mejorado al aprender corte y confección. “Nadie en el pueblo, incluidos nuestros padres, nos consideraba capaces de hacer otra cosa que dar puntadas, lo que se había convertido en una actividad hereditaria. Pero, al aprender costura, las niñas han visto aumentar el respeto por ellas en la escala social”

Iniciado en 1997, el proyecto Pelotas de fútbol, que combinó los esfuerzos de numerosos interlocutores, incluida la FIFA (Federación Internacional de Fútbol), no sólo alcanzó todos los objetivos que se había fijado, sino que los superó: brindó educación a 10.572 estudiantes a través de 255 centros educativos no formales, integró a 5.838 de esos estudiantes y proporcionó asistencia médica a 5.408 estudiantes. También logró suprimir el 95% de la fabricación de pelotas de fútbol cosidas a mano en el distrito de Sialkot.

No obstante, la verdadera contribución del proyecto va más allá de esos objetivos tangibles, y radica en la transformación que logró de la percepción y el comportamiento de la comunidad considerada. El resultado más elocuente a largo plazo del proyecto fue haber convencido a los habitantes del distrito de Sialkot de que no debía negarse a los niños el derecho de ser niños; de que éstos tenían que disfrutar del derecho a la educación, la recreación y la asistencia médica.

El proyecto fue socialmente mejor aceptado cuando ayudó a mejorar las condiciones laborales de los trabajadores adultos de esta industria en los centros de cosido. Antes de iniciar el proyecto, la mayoría de las costuras se hacían en los hogares, por lo que era difícil controlar a ese tipo de unidades, ya sea para detener el trabajo infantil o para garantizar condiciones de trabajo decentes.

El control realizado por la “Independent Monitoring Association for Child labour (IMAC) (Asociación independiente de control del trabajo infantil) garantiza que los niños, en Pakistán, ya no participan en ninguna forma de trabajo infantil en la producción de pelotas de fútbol. El sistema de control consta de un control interno y otro externo. El interno, utilizado por los fabricantes que participan en la asociación, los ayuda a estar seguros de que sus subcontratistas no utilizan niños ni en el lugar de trabajo ni en los centros de cosido, y que tampoco llevan el

material a casas donde puede haber una posibilidad de que trabajen niños. El externo ayuda a los fabricantes a verificar que sus subcontratistas no recurren a prácticas desleales, y al mismo tiempo les permite mejorar el control de calidad de sus productos, lo que a su vez les aporta un valor añadido.

LOS HUÉRFANOS DEL SIDA - AFRICA SUBSAHARIANA

Rosemary Wangui se ocupa de 13 niños. Cuatro son suyos, cuatro son de una hermana que simplemente desapareció un día, y cinco son de su segunda hermana, que murió de SIDA. Cómo hace Rosemary para mantener a esta gran familia que depende tanto de ella, es realmente increíble. En un país con un índice de desempleo del 50%, es un milagro que encuentre algún empleo.

Lucy Njoki tiene 13 años de edad. Es una de las sobrinas de Rosemary cuya madre murió de SIDA. Cuando su madre cayó enferma, Lucy abandonó la escuela para ayudarla. Después de la muerte de su madre, una ONG financió el retorno de Lucy a la escuela. Estudió regular y firmemente hasta llegar a ser la mejor de su clase, a pesar de tener que trabajar de noche y los fines de semana para ayudar a su extensa familia. Al finalizar el año, los fondos recibidos de la ONG para su escolarización se habían agotado. Ya sabe que ni ella ni su gran familia dispondrán de medios para que pueda seguir yendo a la escuela. Su trabajo a tiempo parcial está por convertirse nuevamente en un trabajo a tiempo completo.

John Njenga, el hijo mayor de Rosemary, tiene 14 años de edad. A veces trabaja en una cantera cercana ganando un dólar por día. Dejó la escuela durante el último trimestre del noveno año, después de la muerte de los padres de Rosemary, y un año después falleció su hermana. Por ser el mayor era él quien tenía que aportar el ingreso a la familia. Tenía 12 años de edad.

El Africa Subsahariana ya ha superado al resto del mundo por la proporción de sus niños que forman parte de la fuerza de trabajo. También ha superado al resto del mundo por su enorme porcentaje de huérfanos del SIDA. Son dos elementos que constituyen una combinación mortal. La miseria de los huérfanos del SIDA comienza incluso antes de la muerte de sus padres. De la misma forma que el virus del SIDA ataca al organismo humano, acaba con las economías y todos los recursos del hogar. Muchos niños abandonan la escuela durante este período para ayudar mientras se consume la salud de sus padres y por último para pagar el entierro. Cuando abandonan la escuela, comienza la pesadilla.

BRAULIO - PERÚ

Al igual que muchos otros niños de La Rinconada, Braulio, de 14 años de edad, había trabajado en la mina desde que era muy joven, transportando pesadas cargas de mineral y trabajando también como quimbalatero, o machacador de piedras. Cuando tenía 13 años dijo, “Un día no me sentía bien, estaba muy cansado y me caí varias veces mientras trabajaba. A la salida de la mina mi carretilla se volcó y todo el mineral se cayó. El encargado me estaba mirando, y por ello me pateó duramente”.

Braulio había oído hablar del proyecto del Programa Internacional para la Erradicación del Trabajo Infantil (IPEC) para las minas en La Rinconada, que ya había establecido contacto con la comunidad a través de su organización asociada CARE. “Había oído hablar de ese proyecto en la radio y decidí contactarlo. Vinieron a la mina y hablaron con el administrador y el encargado fue sancionado. Después de eso, sólo trabajé un mes más ayudando a cuidar el depósito del propietario”.

El proyecto IPEC en La Rinconada se propone reforzar y ampliar los servicios relativos a la salud, la educación y la alimentación, así como otros servicios, y mejorar las condiciones de trabajo de los mineros adultos.

También es una prioridad lograr una mayor sensibilización al respecto. Braulio, sus hermanos y su padre comenzaron a asistir a las reuniones organizadas en el marco del proyecto, y dijeron: “Aprendimos que este trabajo no es bueno para nosotros. Yo tenía dolores y malestar, a veces no comíamos bien y era difícil ir a la escuela y estudiar. Ahora nuestra situación ha mejorado. Sabemos más y queremos avanzar y tener éxito en nuestras vidas”.

El padre de Braulio comprende ahora lo importante que es ofrecer un mejor futuro a sus hijos. “Mi padre estaba muy agradecido y les dijo que a partir de este momento sólo trabajaría él, y que nosotros podríamos consagrarnos a la escuela”. Más de 2.500 niños han recibido la ayuda del proyecto IPEC/CARE, que procura lograr la eliminación progresiva del trabajo infantil en las minas artesanales. La comunidad local, que apoya este objetivo, ha aumentado su vigilancia con respecto al trabajo infantil, para evitar que otros niños vivan la experiencia de Braulio.

R.R - PARAGUAY

R.R tiene 10 años de edad. El 30 de noviembre de 2002, un comerciante de Ciudad del Este la encontró en la esquina de Adrián Jara y Pampliega. Eran aproximadamente las nueve de la noche cuando esa persona la encontró en una de las partes más concurridas de Ciudad del Este, en el Paraguay.

Estaba muy sucia, vestida con pantalones y un pulóver y llevaba unas zapatillas de estilo japonés. Cuando la encontraron, tenía aproximadamente 12 dólares de los Estados Unidos (80.000 guaraníes) en sus bolsillos, que eran el fruto de su “actividad sexual”. Hacía ya 48 horas que no regresaba a la casa de su madre, y temía hacerlo ya que no había alcanzado “el objetivo” que ésta le había fijado.

El primer contacto de R.R fue con Petrona Pérez, del programa de la Comisión local de prevención y eliminación de la explotación sexual comercial en Ciudad del Este, un grupo formado por la OIT en la frontera entre el Paraguay y el Brasil. Pérez había estado observando a la pequeña y le había propuesto acompañarla hasta su casa. R.R aprovechó la oportunidad para decir a Pérez que no retornaría a su casa ya que estaba segura de que su madre iba a pegarle.

El 2 de diciembre de 2002, Petrona llevó a la niña al juzgado de niños y adolescentes, para presentar una denuncia y entregar la niña a las autoridades. El Juez remitió el caso al Ministerio

encargado de los Derechos de los Niños y los Adolescentes, que a su vez confió la custodia de la niña a un tutor provisional encargado de brindarle protección y apoyo, de conformidad con lo establecido en la legislación.

En el juzgado, R.R declaró ante el juez que el dinero que llevaba en sus bolsillos era el fruto de su “trabajo sexual”. Explicó que, alentada por su madre, salía de casa por la mañana y a veces, dependiendo de cómo estuviese la situación del trabajo, cruzaba el Puente de la Amistad y llegaba a la ciudad fronteriza de Foz de Iguazú, en el Brasil, con el pretexto de comprar caramelos para luego venderlos. La niña admitió que tenía un “cliente fijo”.

La madre de la niña fue detenida por la policía y entregada a la cárcel de mujeres de Ciudad del Este. Al mismo tiempo, se confió su custodia provisional a un vecino próximo.

Antes de que la justicia interviniese en su vida, R.R vivía con su madre, una empleada viuda de 40 años de edad, junto con siete hermanos. Entre sus hermanos figuran: una niña de 14 años, que se había marchado con su novio; Eduardo, un niño drogadicto de 13 años de edad, Tito, de 15 años de edad, que limpia parabrisas de coches en las calles, y los demás hermanos que aún son muy jóvenes.

R.R fue el primer beneficiario del centro creado para la Prevención y Atención Integral a Niños, Niñas y Adolescentes en situación de Explotación Sexual Comercial en Ciudad del Este. Se trata de un programa de acción ejecutado por la diócesis de Ciudad del Este con el apoyo de la OIT.

Actualmente, R.R va a la escuela, recibe atención psicológica y médica y participa en talleres de desarrollo personal, lo que le permite dar pasos positivos para mejorar su comportamiento y sus posibilidades de futuro. Ha sido extraída completamente de la situación de explotación sexual comercial y de la influencia de los adultos, incluidos su madre y su padrastro, que la llevaban de la casa al centro de Ciudad del Este y de Foz de Iguazú para que se prostituyera. Su familia también recibe asistencia del Centro.